

prominente en el sitio de Querétaro, es necesario hacer una descripción de ella.

El extenso convento de la Santa Cruz que está colocado sobre una roca en la estremidad Sur-este de la ciudad, y á la que domina, data desde los tiempos de la conquista, y está fabricado de una piedra muy sólida, contra la cual las balas de cañon hacen poca impresion.

El largo de todo el edificio es un poco mas de seiscientos méetros, y su ancho cosa de cuatrocientos. Todo él está cercado de una muralla sólida de piedra. Otra muralla divide la área en dos partes. La parte hácia el Poniente, que tiene doscientos sesenta méetros de largo, contiene en su mitad hácia el Norte el convento, la otra mitad al Sur está ocupada por varios patios. La parte Este de la área perteneciente al convento, está ocupada por un gran patio, que seria igualmente rectangular si su muralla al Norte no formase un ángulo saliente. En la muralla hácia el Este, saliéndose afuera está colocado un edificio sólido de piedra, llamado el panteon. Es el lugar donde se entierra en el convento, y en su costado al Sur está una capilla. Como el terreno se inclina de Oriente á Poniente, este panteon, con su capilla se considera el lugar más elevado de la ciudad.

Por esta descripción se verá que la Cruz puede considerarse como la ciudadela de Querétaro.

Cuando el general Márquez arregló la defensa de la Cruz dejó el panteon y su capilla desocupados, y cuando el Emperador y otras personas se manifestaron en contra de esto, Márquez dijo: «Que no conocian al enemigo con quien tenian que ver.» Márquez siempre le habia dicho al Emperador que el ejército de los liberales no era más que una chusma despreciable.

SITIO DE QUERETARO.

EL 14 de Marzo es en el sitio de Querétaro un día muy memorable y glorioso. Los movimientos en el ejército enemigo por la mañana, indicaban que se intentaba un ataque general, y este tuvo lugar á cosa de las diez, contra tres diversos puntos: la Cruz, el puente, y la posición entre la alameda y Casa Blanca, cuya última estaba ocupada por la caballería al mando de Mejía. Un cuarto ataque, sobre el cerro de las Campanas fué solo falso.

Tan pronto como las baterías situadas sobre la Cuesta China dieron la señal, fuertes columnas de caballería avanzaron de contra la Casa Blanca y la alameda. Cuando llegaron al llano frente á ellos, Mejía les atacó con su caballería, y con tal impetuosidad, que el enemigo, despues de una corta resistencia, huyó en gran desorden. Nuestra caballería les persiguió mas allá del cerro Cimatario, el que no ofrece obstáculos á las evoluciones de la caballería, corriéndolos hasta su campamento, cerca de la Estancia de las Vacas, y matando é hiriendo á ciento treinta hombres, y tomando á setenta prisioneros.

Sostenidos por un fuego tremendo desde la Cuesta China, densas columnas de infantería avanzaron ahora contra la parte occidental de la Cruz, y gracias al olvido estúpido ó traidor de Márquez, la desocupada capilla del panteon fué asaltada, las murallas que daban al patio provistas de troneras y la azotea de la capilla ocupadas por soldados, quienes desde su elevada posición hacían fuego sobre nuestras tropas que defendían el convento.

Antes de que refiera el ataque contra el puente debo describir el terreno. A lo largo del río hay una calle.

Las azoteas de las casas cerca del puente, se habían parapetado por orden del general Castillo durante la noche anterior. De este otro lado del puente, solo se había dejado un estrecho paso para desfilarse de uno en uno, levantando una trinchera de adobes. Se construyó un merlon con tres troneras para colocar igual número de piezas de á doce, una de las que barrió con el puente. Del otro lado del Este, en el barrio de San Luis, hay igualmente una calle á lo largo del río, y allí había un espacio abierto precisamente frente al puente, á unos cien pasos de distancia de largo. En la extremidad Sur-oeste de este lugar abierto y por lo tanto cerca del puente, se hallaba un edificio estenso llamado meson, albergue para arrieros y gentes de esa clase, y con un corral cercado por una sólida pared de piedra. Delante de las casas frente al puente, y en la parte Norte de este espacio abierto, se encuentra un pozo, y á derecha é izquierda de estas dos calles, no enteramente paralelas, pasa el declive del cerro San Gregorio, en el que los suburbios están fabricados. La calle contigua pasando paralela con el río, interceptando las dos mencionadas, á la derecha conduce á la iglesia de San

Sebastian y de ella sigue otra calle hasta el río. La iglesia está edificada en terreno más alto y de la galería de su torre pueden verse directamente las calles de Querétaro, y las balas de los cazadores alcanzan bien hasta allí.

Al darse la señal en la Cuesta China se movieron por las calles columnas de infantería, se formaron en la plaza y avanzaron contra el puente. A distancia de unos cien pasos se les recibió con una lluvia de metralla y bala, que les hizo retroceder al instante y retirarse tras de la iglesia de San Sebastian. Prevenidos ya á consecuencia de la acalorada recepción que se les hizo en el puente, se movieron por la calle que conduce de la iglesia al río, y adonde está vadeable. Tan pronto como fueron sus intenciones notadas por el general Castillo, recibí órdenes de hacerles frente con mis cazadores, mientras tanto el puente quedaba ocupado con nuestra reserva, el batallón de Celaya.

A paso redoblado marché por la próxima calle que tenía atrás, y llegué precisamente á tiempo para hacer una descarga tras otra sobre ellos, mientras que el cañón del flanco derecho de la batería del puente, les saludaba á metrallazos. Tuvieron que retirarse por segunda vez.

Aunque el enemigo debía haber sufrido pérdidas considerables, de nuevo atacó el puente con doble avidez entre las once y las doce, logrando ocupar algunas casas de las de enfrente, é igualmente el meson de San Sebastian, desde donde mantuvo un fuego bastante vivo, al que contestábamos.

Mientras que se sostenía este tiroteo inútil en el puente, se continuó el combate en la Cruz. Apoyados por las baterías de la Cuesta China, que enviaban sobre la Cruz y sus patios una lluvia de balas y granadas, la infantería que

estaba en el panteon y la azotea de la capilla hacian fuego contra el convento y sobre cuarenta hombres que se habian colocado en una posicion sumamente espuesta, en la bóveda de dicho convento. Estaban estos mandados por un capitan austriaco, llamado Linger, á quien el jeneral Thun solia llamar el capitan de las narices de Bordeaux y cara de «Mayonaise.» Con todo y su notable tez, era un hombre muy valiente, manteniéndose con gran valor en su peligroso puesto, hasta que fué muerto por una bala que le penetró por la frente, despues de lo cual abandonaron sus hombres el puesto. No estando ya impedidos de avanzar por estos, el enemigo trató de introducirse dentro del patio grande protegido por los crecidos y densos nopales con los que estaba cubierto el terreno. Esta proteccion, aunque suficiente á la vista, no lo era contra las balas del convento, y el enemigo de nuevo tuvo que replegarse al panteon.

Al mismo tiempo la caballería del enemigo que estaba frente á la alameda y Casa Blanca, se habia recuperado de la derrota que les habia dado Mejía, y habian hecho un segundo ataque, pero les fué peor que la primera vez. El bravo Mejía, siempre el primero á la cabeza, dió una brillante carga y los rechazó entre los cerrós del Cimaterio y el Jacal. Aquí perdieron cientos de muertos, heridos y prisioneros.

Si Mejía se hubiera aprovechado de su glorioso triunfo para atacar la batería de la Cuesta China por la vanguardia, cuyo ataque se habria apoyado por la artillería de la Cruz, la victoria de este dia hubiera sido aún más completa. Pero creo que el bravo Mejía estaba algo sorprendido del arrojo poco comun del enemigo: por lo menos, le oí de

cir al Emperador que durante todo el tiempo que habia estado batiéndose en México, nunca habia visto á los liberales en tanta fuerza y perfeccion.

Durante la contienda en la Cruz, el Emperador se mantuvo en la plaza de la Cruz espuesto á las balas y metrallas que con abundancia despachaban de la Cuesta China. Todas las manifestaciones resultaron tan inútiles como las que el dia anterior se le hicieron por una diputacion de los generales, quienes le suplicaron no se espusiera tanto. El valeroso Mejía en su lenguaje sencillo dijo: “Considere Vuestra Majestad que si le matan, todos nos pelearemos entre nosotros por la presidencia;” pero aunque estas palabras impresionaron al Emperador, dijo que el lugar donde estaba era el que le correspondia.

La suspension en el combate del puente interrumpida únicamente por el fuego que se hacia en las casas, fué de corta duracion. Poco despues de medio dia se vieron grandes masas de infantería formándose cerca de la capilla de la Cruz del cerro, que está mucho mas arriba del declive del cerro San Gregorio, á la estremidad de los suburbios, y al mismo tiempo un cañon rayado de Parrot, fué situado en la calle á la izquierda del lugar frente al puente, comenzando á hacer fuego con granadas contra la batería del puente, barriendo á la vez toda la calle de Miraflores, y alcanzando á ver hasta la plaza de armas situada en el centro de la ciudad, matando allí á varios ciudadanos pacíficos.

Cuando reventaban las granadas en medio de nosotros, mis cazadores orgullosos por su triunfo, se pusieron impacientes. Me rodearon gritándome: “Adelante, coronel, a de-

lantel pronto los despacharemos. Siempre los primeros son los cazadores!"

En Europa, sería difícil poder imaginarse un cuerpo semejante á este. Estos desenfrenados camaradas continuamente estaban peleando entre sí, y tenia que hacer todo lo que estaba en mis posibles para evitar derramamiento de sangre y asesinato; sin embargo, tan pronto como se les conducia contra el enemigo se hacian todos á una, y cada cual se excedia á sus compañeros con hechos arriesgados. Aun los cornetas, muchachos entre catorce y diez y seis años, se salian á veces fuera de la línea, armados con fusil y una caja de cartuchos para cazar "Chi-nacos," de su propia cuenta.

Contenté á mis cazadores tan bien como pude, prometiéndoles que el momento propicio se acercaba ya; pronto recibí la bienvenida órden de mi brigadier, el jeneral Valdéz, para que removiésemos el molestísimo cañon Parrot, y para que ocupásemos el meson y casas adyacentes, mientras tanto ocupaba nuestro puesto el batallon de Celaya. El rejimiento de la Emperatriz, mandado por el coronel López, recibió órdenes para cubrir nuestro flanco izquierdo.

Pensé que seria oportuno dirigir la palabra á mis impacientes muchachos y les hice un discurso aun de mas efecto que aquellos con los que alentaba á mis soldados en un tiempo en los Estados-Unidos, entonces en un malísimo inglés y ahora en un castellano aun peor. Les dije que no queria oir un solo tiro hasta que lo ordenase, y que el negocio principal tenia que hacerse solo con la bayoneta. Despues de esto los formé para el ataque, teniéndoles bajo cubierto por tanto tiempo como me fué posible. Mientras así lo hize, de hecho se estremecian de impaciencia

lo mismo que una partida de perros de caza esperando la señal. Con estupendos vivas en tanto idioma como los que se hablaron en derredor de la Torre de Babel, y con un "Viva el Emperador" asaltaron el puente y el camino ante ellos. Cuando hubimos llegado á la mitad del lugar recibimos una lluvia de metralla á una distancia como de cincuenta pasos, y ante nosotros descubrimos el peligroso cañon Parrot. Empuñé mi espada, y gritando "Viva el Emperador! á la pieza, muchachos!" nos arrojamos sobre el cañon. Mi mayor, D. Macedonio Victorica, y un mexicano atezado y de cuerpo bajo me seguian de cerca. El valiente liberal que dirijia la pieza con grado de teniente, hizo fuego con su revolver sobre el mayor; y le hirió gravemente: mas este fué su único tiro, pues media docena de bayonetazos al instante le fueron enterradas en el cuerpo. Todos los artilleros pertenecientes á la pieza rayada recibieron bayonetazos ó fueron matados con las cajas de los fusiles que se usaron como clavos. El cañon conquistado fué enviado al puente, mientras tanto el batallon de Oelaya hacia fuego sobre los liberales que estaban en el meson, y quienes presto se pusieron en salvo fugándose por los jardines arriba del cerro. La infantería que teniamos delante huyó aterrorizada dentro de las casas, de las que cerraron las puertas; yo marché por las calles para desalojarlos, y abrimos las puertas por medio de balazos bien dirijidos.

Se cometieron actos muy desenfrenados en esas casas, que no podia evitar, aunque me esforcé para ello. Los franceses que tenia en los cazadores, enfurecidos por la carnicería de San Jacinto, habian prometido no dar cuartel á enemigo alguno, y menos aún á los franceses que estaban sirviendo á los liberales: hicieron valer su palabra de

la manera mas horrible, y me ví obligado á usar de mi sable con algunos de los míos, quienes no querian obedecer mis órdenes, para salvar á aquellos que pedian misericordia. En algunas de las entradas de las puertas estaban los muertos amontonados, y en una de estas casas tuvo lugar una escena singular y cruel. Uno de mis sarjentos, un francés, habia matado á cuatro mexicanos; un quinto, francés, se hallaba de rodillas pidiendo misericordia. Su vencedor, al cargar su mosquete le dijo: "Toda la compasion que te concedo es la de no despacharte como á un perro, si no que te haré el honor de dispararte una bala." Y tras esto mató á su paisano con mucha calma.

La estampida que observé entre las densas masas del enemigo que tenia á la vista, me indujo á seguir mi triunfo. Arreándolos lo mismo que á una manada de carneros, torcí por la siguiente esquina que vá á San Sebastian, y despues, siguiendo la calle que conduce á la cuesta arriba, llegamos á la capilla de la Cruz del cerro, á la extremidad de los suburbios de San Luis. Desde esta eminencia ví que el enemigo se habia formado de nuevo en la capilla de la Santísima Trinidad, que estaba á mi derecha un poco más arriba de San Gregorio. Antes de que lo hubiera logrado, sin embargo, habia yo ya formado mi batallon en línea de batalla, dejando una compañía de reserva, é hice descarga tras de descarga sobre el enemigo quien huyó en gran desórden por la falda del cerro. En este momento ví saliendo de una calle al rejimiento de la Emperatriz bajo las órdenes de López. Le mandé dos oficiales con la súplica de que persiguiese al enemigo, y cuando lo rehusó me dirijí á caballo adonde estaba él, y le volví á repetir mi súplica, pero él me contestó: "Que no podia

esponer á su rejimiento de esa manera, y que el terreno no estaba á propósito para caballería." Si no podia hacer uso de su caballería en ese terreno, no sé de que servia el que estuviera allí. Yo he sido oficial de caballería en Prusia, y por lo tanto sé muy bien donde puede hacerse uso de ella. El paraje no estaba precisamente tan llano como un lugar á propósito para pasar revista á los soldados, pero era accesible.

Como solo tenia órdenes para acallar el cañon Parrot y tomar el meson, lo que se efectuó con buen éxito, no me atreví á seguir más adelante sin aguardar primero órdenes. Por consiguiente envié al teniente Mantecon, mi ayudante, al general Valdés, para dar cuenta de nuestro triunfo y para suplicarle me enviase otro batallon para que tomase y conservase San Gregorio.

El general Valdés, sin embargo, solo me envió sus parabienes, junto con la órden para retroceder y para que pusiera una compañía en el meson; pues el que avanzara mas adelante no estaba de acuerdo con sus instrucciones. Yo por supuesto solo tenia que obedecer órdenes, pero mis cazadores estaban furiosos. Habian matado mas de trescientos hombres!

Hice mencion de un mexicano algo bajo de cuerpo y muy trigueño, quien en compañía del mayor fué el primero que conmigo se halló junto al cañon. Este individuo era muy orijinal, me mostró mucha adhesion y siempre estaba violento porque se le dijera alguna palabra de aprobacion, y se consideraba dichoso si se le daba alguna comision peligrosa. Cada vez que se ofrecia oportunidad, se le salian las lágrimas, lo que formaba un contraste notable con su locura y su valor. Durante el combate me

vino á ver llorando, y trayendo en la mano una cosa que con dificultad reconocí como el cañon de un fusil. "Coronel, me dijo, mi coronel, he hecho mi deber, sí, he cumplido con mi deber; me he hecho acreedor á un fusil nuevo, pues de lo contrario no puedo pelear mas." Al interrogarle sobre lo que habia hecho con su fusil, me contestó que habia roto su bayoneta al atravesar á un chinaco contra una pared, y la caja de este cuando le voló los sesos á otro; mas el cráneo de un tercero á quien dió con el cañon, probó ser mas duro, y se habia doblado el cañon de la manera que me mostraba.

Habiamos perdido entre muertos y heridos cosa de treinta hombres. Nuestra retirada al puente fué una innovacion completa, y no puedo menos de confesar que sentí alguna satisfaccion cuando los cazadores victorearon á su nuevo coronel. Cuando llegué á un lugar frente al puente, me encontré con M. H. C. Clark corresponsal del *Heraldo de Nueva-York*, quien se entusiasmó tanto al verme que casi me tiró del caballo al darme el abrazo mexicano de costumbre. El Sr. Clark no era americano sino un caballero inglés muy amable, aunque corresponsal del *Heraldo de Nueva-York*, y á quien tuve el gusto de ser útil cuando llegó con el Emperador á Querétaro, y Márquez le mandó saliese de la ciudad de una manera brutal, como un extranjero sospechoso. Habia yo conocido á este señor en los Estados-Unidos, y por lo tanto en sus dificultades recurrió á mí. Al instante hablé al Emperador, el que me dió por escrito un permiso para que se quedase; mientras tanto M. Clark en lo particular me dió su palabra de honor que no tendria comunicacion alguna con el enemigo.

Despues, por poco no es muerto por una bala de cañon

que entró á su cuarto. Con renovados vivas se hizo pasar por nuestra barricada el apresado cañon Parrot, y fué enviado á la Cruz. Los cazadores volvieron á ocupar su antigua posicion. Cuando ví á Castillo y á Valdés ambos me felicitaron por el triunfo, dándome un abrazo.

El enemigo estaba tan sumamente aterrorizado con el severo castigo que le habiamos aplicado, que no se atrevió á mostrarse durante todo el dia. Aun San Gregorio quedó desocupado; pero á la mañana siguiente muy temprano habian levantado el parapeto para una batería.

Durante nuestra pelea en San Luis, se trababa igualmente acalorado combate al Sur de este. Ademas de la batería que estaba en la Cuesta China, el enemigo habia colocado allí dos regimientos de reserva; y en el llano entre la ciudad y el Cerro Cimatario cuatro rejimientos de caballería con cuatro piezas de artillería. Como estas tropas estaban amenazadas por nuestra caballería mandada por Mejía, enviaron por el cerro á su flanco izquierdo otra columna de caballería que los protejiera. Cuando atacó Mejía, el general Miramon mandó de la Alameda alguna infantería con cuatro piezas, que efectuó un brillante ataque, derrotando hasta las reservas del enemigo.

Mientras se hacia esto, los liberales que estaban en el panteon habian recibido refuerzos y avanzaron por el patio grande para atacar el convento. En estos momentos de tanto peligro, la guarnicion de la Cruz efectuó un movimiento decisivo. El valeroso coronel D. Zeferino Rodriguez salió á la cabeza del tercer batallon de línea y no solo desalojó á los liberales del patio, sino que aun tomó el panteon y la capilla persiguiendo al enemigo por alguna distancia.

Después de esto se guarneció bien el panteón con tropas, y no no lo volvimos á perder durante todo el sitio.

A cosa de las cinco de la tarde el enemigo estaba rechazado por todas partes. Perdimos cosa de seiscientos hombres; pero las pérdidas del enemigo que tenia que pelear á campo raso, se contaban por miles. Además le hicimos cosa de setecientos ú ochocientos prisioneros, entre los cuales un buen número se alistó en nuestro ejército.

Entre las cinco y las seis, el Emperador, acompañado de Miramon, Márquez y su Estado Mayor, visitó las líneas. Por todas partes donde iba le recibían con vivas por el valor con que se esponía y por las amistosas y adecuadas palabras con que confesaba todos los hechos heroicos: todo esto le habia ganado el afecto fanático de los soldados.

Al llegar donde estaban los cazadores, me estrechó la mano, y dió las gracias en un corto discurso al rejimiento, llamándole «los zuavos de México,» á lo que contestaron con gritos de alegría que aturdián.

Durante la noche el batallón de Celaya ocupó nuestra posición: mientras tanto nosotros descansábamos en un lugar menos espuesto; cuando estaba yo allí se presentó un fraile capuchino, el que tenia amarrado con un cordel al cuello la imájen de la Vírjen. Los mexicanos de entre mi tropa, cuyas manos aun no tenían lavadas de la sangre que habían derramado, se precipitaron sobre el padre llenos de regocijo, y santiguándose con devoción besaron la imájen.

Al fin, la noche cubrió con su negro manto la ciudad y al estruendo del cañon y sonido de la fusilería se siguió un silencio pavoroso. Las calles estaban desiertas, y no se oia ni un solo paso. Después de la gran tarea del dia, todos dor-

mian, á escepcion de las avanzadas. Aun los relojes no andaban, pues se habia olvidado darles cuerda, y los serenos, que en otras noches anunciaban el tiempo y la hora, roncaban en algun rincón, pues no sabian la hora. Los perros, que siempre arman demasiado ruido en las ciudades mexicanas, habían desaparecido, atraídos por la horrible comida que afuera les habia proporcionado el horrendo dios de la guerra.

En la mañana del 15, supimos por conducto de varios desertores, que los liberales se hallaban en extremo desanimados á consecuencia de las grandes pérdidas que habían sufrido el dia anterior.

Mas animadas y festivas se pusieron con esto nuestras gentes, y cuando mis cazadores ocuparon de nuevo su puesto de honor, se impusieron á consecuencia del zumbido peculiar de los proyectiles que pasaban arriba de nuestras cabezas, que la Cruz enviaba á San Gregorio sus «*carte de visite*» de hierro de la boca de la pieza rayada que les habíamos quitado, y se regocijaron sobre manera.

Todos los oficiales sin comision y los soldados que se habían distinguido el dia anterior, fueron reunidos en la plaza de la Cruz y formados en cuadro con la pieza capturada en el centro. Al batallón que habia vuelto á tomar el panteón, y cuyo valiente coronel habia sido herido gravemente por una bala en el pecho, dijo el Emperador: «Todos ustedes se han portado con tanto valor que no puedo hacer distincion alguna. Por lo tanto, Hemos resuelto condecorar á todo el batallón.» Esto lo hizo poniendo á la bandera del rejimiento una cruz de la Aguila Mexicana.

Los ocho cazadores que fueron los primeros que se encontraron conmigo junto á la pieza, recibieron dos de ellos

la medalla de oro y seis la de plata, por su valor; además de esto, les dieron una moneda nueva de oro de á veinte pesos con la efigie del Emperador grabada en ella.

Antes de la reunion del consejo de guerra que debia efectuarse en la noche, fuí llamado por el Emperador, el que queria oír mi opinion con respecto á lo que conveniria mejor hacerse en aquellas circunstancias.

Dije que creia seria mejor tomar ventaja del desaliento producido en el enemigo por lo ocurrido el dia anterior y dar un ataque contra San Gregorio y San Pablo con toda la infantería, mientras tanto la caballería que cubria nuestro flanco izquierdo batia á la del enemigo que se hallaba frente al cerro de las Campanas, y despues de esto avanzar sobre San Luis Potosí, residencia temporal de Juarez y su gobierno.

Arriesgada y aun loca parecerá á los europeos esta proposicion de atacar á un enemigo cuatro veces mas numeroso y en una posicion fuerte, pero eso será por la falta de conocimiento del modo de combatir del país y del ánimo mexicano. Pueda ser que una derrota tal vez no desaliente á un ejército europeo, pero para un ejército mexicano equivale á una disolucion, aun si sus fuerzas son mayores en número que las de sus vencedores. Es casi imposible hacer que hagan resistencia de nuevo. Tiran las armas y huyen á sus hogares, ó se pasan con el enemigo.

Despues del triunfo del dia anterior y el entusiasmo de nuestras tropas, no tenia la mas mínima duda de que ganariamos una victoria decisiva, y que dispersariamos el ejército de los liberales, especialmente si con presteza le atacábamos antes de la llegada de nuevos refuerzos, que se habia anunciado.

El permitir al enemigo encerrarnos en un lugar situado tan desfavorablemente como lo está Querétaro, que no tenia importancia, ni política, ni estratégica, me parecia no solo ridículo sino aun funesto. Y lo que es mas, no estaba en concordancia con las intenciones del Emperador, ni tampoco con las de Márquez, que á lo menos se puede deducir de la circunstancia que Márquez dejó sin tocar lo mas mínimo todas las haciendas de los alrededores de Querétaro, mientras que el haber asegurado su superabundancia en toda clase de provisiones, habria sido su primer objeto si hubiera intentado sostener un sitio. Cuan ricamente abastecidas estaban estas haciendas, fué experimentado por el ejército enemigo que en su mayor parte se mantuvo por ellas.

Si hubiéramos avanzado sobre San Luis Potosí y el Poniente, y enviado al general Vidaurri al Norte del país á donde su nombre era de tanta importancia, todos los recursos de aquellos distritos ricos, que estaban entonces en posesion del enemigo, habrian caido en nuestro poder y en cortísimo tiempo hubiéramos reclutado un ejército considerable. Veracruz estaba aun en posesion nuestra, y desde la salida de los franceses las rentas de las aduanas eran otra vez del gobierno, razon por lo que teniamos los medios para el sostén de semejante ejército.

Sin embargo, Márquez era de diversa opinion, y su voto era el que tenia mas valor para el Emperador. Despues de haberme escuchado dijo que mi modo de ver el caso no estaba de acuerdo con el de Márquez, el cual se habia envejecido en estas revoluciones, y el cual conocia al país y á la gente, y de cuya honradez y lealtad no podia dudar. Márquez habia sido una de las personas prin-

principales de los que le habian llamado al país, é igualmente Márquez era uno de los que le habian convencido de que se quedase en México, y que no abandonase á su partido y que antes bien probase que podia subsistir sin la ayuda de Francia. Su honor le pedia que mostrase al mundo que no se habia degradado al extremo de llegar á ser el instrumento de otro hombre.

El Emperador estaba completamente enfatuado por Márquez. Aunque era hombre de buen sentido, su carácter era demasiado noble y en extremo puro para dudar de la falta de honradez en los demas. Tanto un Napoleon, como un Márquez, fácilmente manejaban á un carácter como el de él. Márquez llevó adelante su idea y se decidió el que nos habiamos de encerrar en Querétaro.

A cosa de las nueve de la noche (el 15) el enemigo se habia recuperado suficientemente de su pánico para intentar bajo la sombra de la noche otro ataque contra el puente, pero el batallon de Celaya fácilmente lo rechazó.

Estos ataques nocturnos contra el puente se repitieron frecuentemente durante el sitio, pues se consideraba al puente y á la Cruz como las llaves de los puntos mas importantes de la ciudad. Cuando estos ataques tenian lugar bombardeaban á la ciudad con todas sus baterías, á menos que hubiera escasez de parque en el campo enemigo, como solia suceder de vez en cuando. Algunos oficiales de los liberales me dijeron despues que no con poca frecuencia recibian parque por la diligencia, que lo llevaba á Celaya.

No teniamos en la ciudad suficiente cantidad de parque y especialmente de balas para cañon, pero el general Arellano tuvo muy buen cuidado de fabricarlo. Igualmente

estábamos provistos por el enemigo, cuyas granadas estaban sumamente malhechas y la mayor parte no reventaban. Los hombres ó los muchachos que entregaban una granada en buen estado recibian un peso, y por una bala cuatro reales.

El 16 de Marzo el enemigo debió haber recibido nuevo surtido de parque, pues descargaron sobre la ciudad toda clase de proyectiles. Estos bombardeos, sin embargo, llegaron á ser cosa de todos los dias, y solo de vez en cuando avivados por alguna escaramuza en las avanzadas. Con alguna frecuencia ví matar en las calles á varios de los habitantes pacíficos y se llegaron á acostumar tanto al bombardeo, que en lo general seguian el curso de sus negocios. Las señoras, que al principio se estaban en sus casas, despues salian á tomar su paseo de costumbre por las tardes, y de nuevo ocuparon sus antiguos lugares en el balcon, aunque varias de entre ellas tuvieron que pagar esto con la vida ó con la perdida de algun miembro.

El blanco favorito de la artillería de los liberales era la Cruz y el convento de Santa Clara, ocupado con la maestranza de nuestra artillería; el cerro de las Campanas, la Alameda, la Casa blanca y el puente. El perjuicio mayor tal vez fué el que se hizo en la Cruz y en la casa de correos, que recibieron muchísimas balas que se intentaba fuesen al cuartel general de Miramon que estaba situado en esa misma direccion y lo cual se habia revelado al enemigo.

El teatro y la plaza de toros estaban cerrados, pero ni las bombas ni las granadas pudieron impedir que la gente se reuniera para divertirse. Los cafés estaban llenos y uno de estos (francés) que estaba en la plaza de armas,

era el punto de reunion favorito de todos los oficiales. En este café estaba uno seguro de saber las noticias mas recientes, pues toda persona que venia del combate se dirijia allí tan pronto como estaba libre del servicio para dar y recibir noticias.

Del 15 al 20 de Marzo se empleó el tiempo en fortificar la ciudad tan bien como era posible, pero todo lo que se podia hacer era construir parapetos y troneras en algunos edificios.

Nuestras baterías estaban colocadas en el cerro de las Campanas, entre éste y el puente, en la Cruz, en la capilla de San Francisquito, en la Alameda, Casa Blanca y entre ésta y el camino que va á Celaya. A la derecha del puente, Castillo habia hecho algunas aberturas en una muralla sólida, que no parecian troneras, pero atrás de estas habia colocado piezas de montaña, de las cuales los liberales con gran sorpresa suya, fueron saludados á metrallazos. Entre nuestros generales habia algunos que se consideraron como no suficientemente aptos bajo tales circunstancias, y por lo tanto se les quitó el mando. Entre estos estaban el general de division Casanova y los de brigada Herrera y Lozada y Calvo.

El Emperador me mandaba llamar todos los dias; cuando de nuevo lo hizo el dia 20, me dio el mando de la primera brigada de la division de Méndez, como recompensa, me dijo, por mi comportamiento del dia 14. Era esta una magnífica brigada, y se componia de los cazadores, del 2º, 5º, 14 batallon de línea, el batallon de Tiradores, bajo el mando del coronel D. Carlos Miramón, y el batallon Zamora.

A recomendacion mia, el Emperador dió el mando de los

Cazadores al mayor Ernesto Pitner, el que habia sido capitán en el cuerpo austriaco. Habia caido en manos del enemigo gravemente herido el año anterior en la batalla de Santa Gertrudis. Este combate fué el primer triunfo de los liberales, y les vino á pedir de boca, pues se hicieron de varios millones de pesos que debian conducirse á Monterey. Escobedo, que fué el que obtuvo este triunfo y apresó este dinero, no se olvidó de sí mismo. Por conducto de la casa de Brach y Schöenfeld de Monterey, envió á Inglaterra por cuenta personal cincuenta mil pesos.

En los momentos que marchaba el Emperador á Querétaro, fué puesto en libertad el capitán Pitner, y recibió de Escobedo un pasaporte para Veracruz, en la inteligencia que de allí se iria á Europa. Pero cuando el capitán llegó á Querétaro y vió que el Emperador tenia con él tan pocos oficiales europeos, de nuevo volvió á ofrecer sus servicios. El capitán que habia llegado en traje de paisano, fué tratado de un modo sumamente brusco por Márquez y aun le puso preso como extranjero pernicioso, pero cuando se aclaró el equívoco, le tomó con el grado de comandante y le puso en su Estado Mayor.

El coronel López igualmente recibió una brigada de reserva compuesta de diversas tropas y se le encargó especialmente de la defensa de la Cruz. Parte de mi brigada estaba colocada entre el cerro de las Campanas y el flanco izquierdo de la posicion de Castillo, y con ella tenia mi cuartel general. El resto estaba en la Casa Blanca con Méndez, quien habia dejado en la Cruz una brigada y ahora ocupaba la línea de la garita del Pueblito á la capilla de San Francisquito. Tenia con mi brigada una batería